

Semana del 4 al 10 de Febrero de 2018. DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

“Nuestros corazones sanan; nuestras heridas se curan: ha llegado a nosotros el Reino de Dios”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Job 7,1-4.6-7: “Mis días se consumen sin esperanza”

Salmo: 146,1-2.3-4.5-6: “Alabad al Señor, que sana los corazones destrozados”

2ª Lectura: 1 Co 9,16-19.22-23: “¡Ay de mí, si no anuncio el Evangelio!”

Evangelio: Mc 1,29-39: “Curó a muchos enfermos de diversos males”

Del Santo Evangelio según San Marcos (Mc 1,29-39)

+++ Gloria a Ti, Señor.

Al salir de la Sinagoga, Jesús fue a la casa de Simón y Andrés con Santiago y Juan. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, por lo que en seguida le hablaron de ella. Jesús se acercó y, tomándola de la mano, la levantó. Inmediatamente se le quitó la fiebre y se puso a atenderlos.

Antes del atardecer, cuando se ponía el sol, empezaron a traer a Jesús todos los enfermos y personas poseídas por espíritus malos. El pueblo entero estaba reunido ante la puerta. Jesús sanó a muchos enfermos con dolencias de toda clase y expulsó muchos demonios; pero no los dejaba hablar, pues sabían quién era.

De madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, Jesús se levantó, salió y se fue a un lugar solitario. Allí se puso a orar. Simón y sus compañeros fueron a buscarlo, y cuando lo encontraron le dijeron: “Todos te están buscando.” Él les contestó: “Vámonos a los pueblecitos vecinos, para predicar también allí, pues para esto he venido.” Y Jesús empezó a visitar las Casas de oración de aquella gente, recorriendo toda Galilea. Predicaba y expulsaba a los demonios.

Palabra del Señor / Gloria a Ti, Señor Jesús.

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

La Liturgia de la Palabra, de este domingo nos presentaba, en la primera lectura a Job, en una de sus más conmovedoras lamentaciones: en medio de su propia tragedia, criticado por su esposa e incomprendido por sus amigos, este hombre de fe se presenta abatido y desesperanzado *“Recuerda, Señor, que mi vida es un soplo. Mis ojos no volverán a ver la dicha”*.

Frente a ese drama tan humano del sufrimiento, se nos ofrece un salmo esperanzador, que nos prefigura el mensaje del Evangelio: *“El Señor sana los corazones quebrantados y vendará las heridas. Tiende su mano a los humildes y humilla hasta el polvo a los malvados”*.

Nuevamente el pasaje del Evangelio de esta semana es el que sigue inmediatamente al de la anterior, y así será hasta el inicio de la Cuaresma: San Marcos seguirá relatándonos los primeros sucesos de la vida pública del Señor...

Luego de haber liberado a un endemoniado, Jesús está saliendo de la Sinagoga, donde según recordaremos, deslumbró a la gente porque enseñaba *“como quien tiene autoridad”*. Lo recordamos, ¿verdad? Bueno, pues es entonces cuando se dirige a la casa de Simón Pedro.

El Evangelio que leemos hoy nos muestra los tres aspectos fundamentales en los que puede resumirse la Misión de Nuestro Señor Jesucristo, que marca las pautas de nuestra propia misión: la **sanación**, la **liberación** y la **predicación** (más adelante volveremos brevemente sobre este tema).

También se nos invita hoy a meditar sobre tres puntos, de trascendental importancia para nuestra vida cristiana, que serán la base de nuestra reflexión ahora: el **servicio**, la **oración** y la **evangelización**. Veamos:

El servicio: El relato sobre la sanación de la suegra de Pedro reviste una importancia considerable, y aunque es presentado de manera breve, no debe ser considerado, en lo absoluto, como una simple nota al margen, como un dato de contexto. Es importante porque en ella puede verse representado todo el pueblo de Dios: Postrado, enfermo por el pecado y la desesperanza, necesitado de la presencia de Jesús para ser sanado, liberado, levantado.

La suegra de Pedro simboliza así también a toda la Iglesia y a cada uno de nosotros, antes de conocer al Señor (y todavía hoy, cuando tenemos la desgracia de caer en el pecado), pues el pecado nos debilita, nos va aniquilando, nos deja ciertamente postrados, nos va inhabilitando para cumplir con el Plan que Dios tiene para nuestras vidas...

Pero es entonces cuando viene Jesús (si se lo permitimos), a través del Sacramento de la Reconciliación: nos toma de la mano, nos levanta y se esfuman todos nuestros males, o al menos los más importantes, que son los del espíritu.

El Evangelio nos dice, en una sola frase, sin puntos y sin comas, que cuando Jesús la levantó, (a la suegra de Pedro) **“Inmediatamente se le quitó la fiebre y se puso a atenderlos”**, es decir, a servirlos: La señora fue sanada y no voló a

“desayunar” con sus amigas, sino que se arremangó y se puso a “chambear”.

Esto mismo es lo que Dios espera de cada uno de nosotros hoy. Seguramente que la suegra de Pedro habrá compartido con todo el mundo su alegría; les habrá contado a las muchedumbres que se dieron cita después, en su casa, la maravilla que hizo el Señor con ella, etcétera, y eso es importantísimo, porque el escuchar los testimonios siempre alienta y fortalece la fe, pero tan importante como eso es que se puso “manos a la obra” ¡**A servir!**, y así dio testimonio, con sus actos (no sólo con palabras), de su gratitud a Jesús, y animando, de ese modo, mucho más todavía a los que la veían.

El Evangelio nos relata luego que, al atardecer, “el pueblo entero estaba reunido ante la puerta” de la casa, y que Jesús comenzó a sanar a los enfermos y liberar a los endemoniados. Y al igual que en el pasaje leído la semana pasada, vemos que Marcos insiste con el hecho de que el Señor “*no dejaba que los demonios hablaran*”, porque ellos sabían Quién era Él.

Aprovechamos este punto para retomar brevemente el asunto de **la sanación y la liberación**, que había quedado pendiente, y que decíamos que eran dos aspectos importantes de la Misión de Jesús, y que lo son también de la nuestra...

Esto no quiere decir, **necesariamente**, que nosotros debemos sanar las dolencias físicas y hacer liberaciones espirituales o exorcismos (porque de hecho, es Dios Quien siempre los hace, y sabemos que Él ha dado esos dones a muchos de sus elegidos, a través de la historia); pero a lo que nos referimos es a que **Sí** tenemos la **obligación** de orar mucho, intercediendo ante Dios para que alivie de esos males a todos quienes los padecen.

Más aún: debemos tratar de aliviar a todos los que sufren, por todos los medios que estén a nuestro alcance y según sea nuestra vocación: contribuir materialmente con la donación de medicinas y con la alimentación de los necesitados, visitar y consolar a los enfermos y a los presos, etcétera, pero especialmente promover la **liberación del pecado**, en todos los ámbitos de nuestra sociedad: aconsejar a nuestros amigos, involucrarnos más en las iniciativas sociales de resistencia y lucha contra las leyes anticristianas; pensar y ejecutar acciones que ayuden a alejar a los jóvenes de los vicios, participar y comprometernos más en las actividades catequéticas y de formación en valores en diversos ámbitos... En fin, procurar la salud espiritual y la reorientación moral de las personas y de la sociedad en su conjunto, de todas las maneras posibles.

La Oración: La oración sustenta y alimenta nuestra fe. Es la fuente del impulso vital para nuestro espíritu. Debemos rezar en comunidad, pero también necesitamos reservar un tiempo y buscar un espacio cada día para hablar con Dios **a solas**, y que nuestra oración sea realmente un momento de encuentro personalísimo con Él.

Debemos rezar mucho para hallar las luces que nos permitan entender con facilidad qué es lo que debemos hacer en diversas circunstancias del día; para fortalecernos y llenarnos de la energía que nos llevará hacia adelante; para encontrar también la paz, que debe guiarnos al enfrentar nuestros problemas, al aconsejar u orientar a quienes debemos ayudar en este camino, etcétera.

La Predicación o Evangelización: Cada día es más necesario que se realice, como decía san Pablo, “*a tiempo y a destiempo*”. Y en la 2ª Lectura del domingo pasado, el mismo Apóstol de las Gentes decía también a los hebreos: “*¡Ay de mí, si no anuncio el Evangelio!*”

Gracias a Dios el ANE ofrece muchas posibilidades a sus integrantes y simpatizantes para que se preparen, se comprometan y se animen a sumarse a la labor evangelizadora y misionera de la Iglesia: Nos insiste en el pedido de que todos lo hagamos, y para eso nos forma semanalmente en las casitas de oración, además del “Plan maestro de formación” que se está desarrollando, y que con la bendición de Dios se nos ofrecerá muy pronto en la plataforma virtual de nuestra página en Internet; se desarrollan al menos tres retiros anuales, se promueve con insistencia la constitución de nuestros Ministerios de Servicio en todos los lugares donde surge esta Obra, y además nos exhorta a estar atentos a TODAS las oportunidades que nos presenta el Señor para anunciar Su Evangelio entre las personas con las que nos relacionamos.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: (*Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos*)

- a) Como hizo Pedro, ¿dejo que Jesús recorra “mi casa” (mi corazón) en busca de lo que tengo enfermo para curarlo, o tengo algunas “zonas oscuras y ocultas”, que guardo para mí, como enemistades, ambiciones, rencores, resentimientos, etcétera?
- b) ¿Voy yo a visitar a Jesús, que se encuentra en las personas que más sufren? ¿Trato de dar testimonio de lo que Dios ha hecho en mi vida, SIRVIENDO a los demás? ¿En qué medida lo estoy haciendo? Lo que hago actualmente para servir a los más necesitados, ¿es verdaderamente **todo** lo que puedo hacer, o podría hacer todavía un poco más?
- c) Jesús se fue a orar, a hablar con su Padre, a alimentarse del amor de su Padre. ¿Hago yo lo mismo cada día? ¿Busco el momento y el lugar para conversar a solas con Dios sin que me interrumpan, o dejo que las ocupaciones del día me consuman, y me conformo con recitar mis rezos de memoria, o seguir mecánicamente la Liturgia diaria (de la Misa y del Breviario) como para tranquilizar mi conciencia y sentirme “bueno”...?
- d) ¿Cuánto y cómo me comunico con Dios...? Cuando lo hago, ¿guardo silencio para escuchar lo que Él quiere decirme?

4.- Comentarios de los hermanos: *Luego de un momento de silencio, se concederá la palabra a los participantes de la Casita, para que expresen sus opiniones. Se buscará la participación de todos.*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica:

Cánones: 547, 2599, 2601, 2616

547 Jesús acompaña sus palabras con numerosos “milagros, prodigios y signos” (Hech 2,22) que manifiestan que el Reino está presente en Él. Ellos (sus actos) atestiguan que Jesús es el Mesías anunciado (Cfr. Lc 7,18-23)

2599 El Hijo de Dios, hecho Hijo de la Virgen también, aprendió a orar conforme a su corazón de hombre. Él aprende de su madre las fórmulas de oración; de Ella, que conservaba todas las “maravillas” del Todopoderoso y las meditaba en su corazón (Cfr. Lc 1,49; 2,19; 2,51). Lo aprende en las palabras y en los ritmos de la oración de su pueblo, en la sinagoga de Nazaret y en el Templo. Pero su oración brota de una fuente secreta distinta, como lo deja presentir a la edad de doce años: “Yo debo estar en las cosas de mi Padre” (Lc 2,49). Aquí comienza a revelarse la novedad de la oración, en la plenitud de los tiempos: la oración filial, que el Padre esperaba de sus hijos, va a ser vivida por fin por el propio Hijo único en su Humanidad, con los hombres y en favor de ellos.

2601 “Estando Él orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: ‘Maestro, enséñanos a orar’ ” (Lc 11,1). Es, sobre todo, al contemplar a su Maestro en oración, cuando el discípulo de Cristo desea orar. Entonces, puede aprender del Maestro de oración. Contemplando y escuchando al Hijo, los hijos aprenden a orar al Padre.

2616 La oración a Jesús ya ha sido escuchada por Él durante su ministerio, a través de los signos que anticipan el poder de su muerte y de su resurrección: Jesús escucha la oración de fe expresada en palabras (el leproso: Cfr. Mc 1,40-41; Jairo: Cfr. Mc 5,36; la cananea: Cfr. Mc 7,29; el buen ladrón: Cfr. Lc 23,39-43), o en silencio (los portadores del parálítico: Cfr. Mc 2,5; la hemorroísa que toca su vestido: Cfr. Mc 5,28; las lágrimas y el perfume de la pecadora: Cfr. Lc 7,37-38). La petición apremiante de los ciegos: “¡Ten piedad de nosotros, Hijo de David!” (Mt 9,27) o “¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!” (Mc 10,47) ha sido recogida en la tradición de la Oración a Jesús: “¡Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Señor, ten piedad de mí, pecador!” Sanando enfermedades o perdonando pecados, Jesús siempre responde a la plegaria del que le suplica con fe: “Ve en paz, ¡tu fe te ha salvado!”. San Agustín resume admirablemente las tres dimensiones de la oración de Jesús: “*Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza nuestra; a Él se dirige nuestra oración como a Dios nuestro. Reconozcamos, por tanto, en Él nuestras voces; y la voz de Él, en nosotros.*”

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM 3 El tema de reflexión para hoy es este: la única manera de ganar verdadera identidad es perdiéndola, comprendiendo que los hombres no saben amar si no Me conocen. Si ustedes Me conocieran, no tendrían miedo de perder su identidad. Quiero decir que el mañana vendrá, pero que si se preocupan con ansiedad, bloquean el alivio de Mis gracias.

CM 115: Era propenso a callar, pero de palabra viva, lento en juzgar, dulce y pacífico, candente con los hipócritas. Dulce con los pecadores y jamás airado con nadie; siempre alegre entre los hombres, triste con bastante frecuencia, cuando estaba solo. Una sola mirada Mía podía recoger muchas miserias, sin embargo, los fariseos se enfurecían con Mi popularidad. Oraba y lloraba, sanaba con más frecuencia las almas que los cuerpos enfermos; una sola enfermedad no pude sanar en la tierra y fue la de los Sacerdotes soberbios. El Milagro era el sello de Mis Palabras, el ejemplo, el estímulo de quien Me observaba: en todo hice continuamente el Querer de Mi Padre.

7.- Virtud del mes: Durante este mes de febrero, practicamos la virtud de la **pobreza espiritual** (Catecismo de la Iglesia Católica: 520—2544—2545—2546)

Esta Semana veremos el canon 2544, que dice lo siguiente:

2544 Jesús exhorta a sus discípulos a preferirle a Él respecto a todo y a todos, y les propone “renunciar a todos sus bienes” por Él y por el Evangelio (Cfr. Lc 14 33 y Mc 8,35). Poco antes de su pasión les mostró como ejemplo la pobre viuda de Jerusalén que, de su indigencia, dio todo lo que tenía para vivir (Cfr. Lc 21,4). El precepto del desprendimiento de las riquezas es obligatorio para entrar en el Reino de los cielos.

Y La Gran Cruzada nos dice al respecto:

CM 30 La humildad -a la cual aludía- es una gran pobreza porque se alimenta de verdad. El humilde, por tanto, es arca de luz, por la cual ve su propia miseria y goza de ella, porque de ella se desprende más Mi riqueza. El pobre de espíritu se considera a sí mismo cómo ha sido, cómo es y cómo sería; ve los abismos en los cuales caería sin Mí. Verdaderamente, feliz el que es pobre de soberbia y humildemente se reconoce como necesitado de Mí. Espiritualmente actúa como conviene al humilde y por eso se arroja en Mis brazos, confiado y agradecido. La humildad genera amor y el amor produce humildad. La felicidad es el amor, no la propia miseria, es el amor confiado que nace al verse miserables, pero acogidos por Mí.

8.- Propósitos Semanales:

- **Con el Evangelio:** Me esforzaré para tener unos minutos de meditación y oración cada noche, antes de dormir, para hacer mi examen de conciencia y pedir perdón a Dios de corazón por mis ofensas... Así recibiré sus gracias y bendiciones.
- **Con la virtud del mes:** Meditaré mucho sobre la virtud de la humildad, a través del amor a Cristo, y así procuraré hacerme “pobre de espíritu”, como Él lo quiere. ¡Que nada me importe más que agradarle al Señor! Serviré con esmero, diligencia y mucha humildad a mis hermanos, durante todo este mes, especialmente en el Apostolado.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o la Iglesia en general.*